

Un conspirador cuenta sus aventuras...

El Ejército contra el Rey

Campos dió el golpe de Estado en Sagunto, proclamando rey de España a don Alfonso de Borbón, hijo de Isabel II. Horas

antes, este general llamó al brigadier Villacampa para que sumara las fuerzas de su brigada a este acto... Creí que enloquecía en aquel momento... Jamás le vi tan irritado, tan decidido y tan rebelde. Han pasado muchos años y aún conservo en mis oídos, palabra por palabra, el diálogo entre los dos...

—¿Cómo fué?

—Se lo voy a reproducir íntegramente:

“¡Brigadier Villacampa: España y la opinión han decidido volver por los fueros de la Monarquía!”

“Ni España ni la opinión, general Martínez Campos, sino unos cuantos militares que por ambiciones traicionan la causa republicana.”

“No es hora de discutir causas políticas, y mucho menos de que un inferior rompa la disciplina militar, refutando a un superior... Le ordeno, por tanto, que se ponga al frente de su brigada y



El capitán don Pablo Andarias, en la época en que era ayudante del general Villacampa.

EN EL VIEJO CAFÉ DE PLATERÍAS...

ALLÁ, al fondo, en un rincón del tipo y castizo Café de Platerías, descubro al más veterano de los republicanos, al capitán Andarias—ayudante y secretario que fué del general Villacampa—, charlando animadamente con unas lindas señoritas y con unos amigos...

Hace quince años que le conocí en Alicante, y le encuentro igual; siempre optimista. ¡Con qué majaza lleva sus sesenta y nueve años!

Comenzamos a charlar y charlamos, naturalmente, de la República y de las Constituyentes.

—Pocos se dan cuenta—dice—de lo que representa para la vida de la República que ésta no viniera por una “cuartelada”... Después de las lecciones del 73, la República pudo proclamarse con todos los pronunciamientos favorables, lo mismo en 1884, primer intento del general Villacampa, que en 1886... Pero traicionaron la causa algunos comprometidos, sobre todo los que lucían entorchados, que, por ambición o cobardía, denunciaban las conspiraciones, faltando a la palabra empeñada. La Monarquía los recompensó con grandes honores... ¡Qué contraste con la conducta ejemplar de don Manuel Ruiz Zorrilla, de mi general y del marqués de Montemar!

—¿Pero conspiró este aristócrata contra la Monarquía?

—Era uno de los republicanos más entusiastas de aquellos días. Amigo íntimo de Ruiz Zorrilla, fué durante mucho tiempo el jefe civil de la Junta Nacional Revolucionaria... Identificado en todo y por todo con Ruiz Zorrilla, éste, siendo presidente del Consejo de Ministro con don Amadeo, lo nombró embajador en Roma, y a mi general, que por esta época era coronel de la Guardia Civil, le dió cargos de confianza en el Ejército del Norte, en cuyos campos de batalla obtuvo el entorchado por méritos de guerra.

EL PACTO

—Ni Ruiz Zorrilla ni el marqués de Montemar eran republicanos por los días de don Amadeo. Pero al caer la primera República y darse cuenta que se conspiraba para restaurar la dinastía borbónica, no vacilaron un momento, oyendo, al fin, los consejos del general Villacampa, de abrazar la causa republicana, juramentándose por escrito—el documento lo extendí yo—para combatir sin cuartel al que fuera colocado en el trono de España.

—¿Y este documento?



El capitán Andarias, en su tertulia del Café de Platerías, refiere a nuestro colaborador José L. Barberán los episodios del alzamiento de la noche del 19 de septiembre de 1886.

—Se reunieron una tarde en casa de un correligionario, que vivía en la calle de Recoletos, número 6, y lo redactaron y firmaron los tres—después de jurar por su honor de caballeros—, comprometiéndose a combatir la Monarquía e instaurar, por todos los medios, el régimen republicano... En el documento se declaraba traidor a cualquiera de ellos que rompiera esta alianza, aunque fuera para luchar separadamente por los mismos ideales de libertad y democracia.

VILLACAMPA, CONTRA MARTÍNEZ CAMPOS

—En los primeros meses de 1874—continúa diciéndonos el capitán Andarias—, el general Villacampa fué destinado a mandar una de las brigadas que guarnecían la provincia de Valencia... En este destino pudo comprobar que los manejos monárquicos avanzaban rápidamente, y, de acuerdo con Ruiz Zorrilla, con el marqués de Montemar y con el sacerdote don Santos de Lahoz, amigo incondicional del jefe progresista, trataron de hacer abortar los planes de Cánovas del Castillo y de Martínez Campos.

—Sin conseguirlo, claro está.

—Sin conseguirlo... Los militares comprometidos para un alzamiento republicano, seducidos por Martínez Campos, que les ofreció honores y empleos superiores, se negaron... Así llegamos al día 29 de diciembre de 1874, en que Martínez



El general Villacampa.

asista a la proclamación del príncipe don Alfonso, como rey de España."

"No será con la cooperación mía ni de las fuerzas que mande."

"Que mandaba, querrá decir, brigadier Villacampa, puesto que queda usted depuesto y detenido... No verá más su brigada."

"No la verá; pero sepa usted, general Martínez Campos, que nadie conseguirá jamás mi adhesión a esa dinastía, que trata de imponernos de nuevo, para desgracia de España. El brigadier Villacampa no traiciona a la República que le dió honores y ascensos y a la que juró fidelidad. Esta espada, que tantas veces ha luchado en defensa de las libertades de la patria, no defenderá a ese monarca."

Y partiendo la espada en dos pedazos —agrega Andarías—, ante el asombro de cuantos presenciábamos esta escena, la arrojó a los pies de Martínez Campos, constituyéndose en prisión.

A partir de este momento, comenzaron las persecuciones. Libertado, quedó en situación de reserva y estrechamente vigilado noche y día; pero no por ello dejó de comunicarse con Ruiz Zorrilla, expatriado en París.

LA CONSPIRACIÓN DEL 84

—¿Después?

—Había que combatir el régimen borbónico. En 1876 se constituyó secretamente una Junta revolucionaria, dirigida por Villacampa, y a la que pertenecieron los generales Ferrer, Lagunero, Arolas, Velarde, Mariné, Carmona y Merelo... El marqués de Montemar era el jefe civil, al que se sumaron el cura Lahoz y los paisanos don Dionisio Trompeta y don Valentín Morán. Las logias masónicas respondieron con absoluta unanimidad. En 1881, el Ejército estaba completamente minado; también la Guardia Civil y el

Cuerpo de Orden Público. En una reunión, que se celebró en una farmacia de la calle de Leganitos, se acordó un alzamiento republicano para el mes de mayo de 1884. Estaban comprometidos los batallones de Arapiles, Ciudad Rodrigo y Manila.

Yo me multiplicaba visitando a los conjurados, para darles instrucciones de mi general, que apenas salía de su casa de la calle de San Bernardo, número 6, piso segundo, pero sin dejar de comunicarse con Ruiz Zorrilla y con el marqués de Montemar. A muchos de los conjurados los reunía yo aquí, en este mismo rincón del café, especialmente a Trompeta y al cura Lahoz, y no pocas veces vino también don Francisco Pi y Margall.

—¿No sospechaba nada la Policía?

—Supo de estas conspiraciones por delación de un capitán que nos traicionó, pero como no tenía datos exactos, Romero Robledo, que por aquella época era ministro de la Gobernación, en combinación con el general Torreros, capitán general de Madrid, urdió una estratagema para coger los hilos de la conspiración.

—¿Y fué?

—En la cárcel de El Saladero cumplían condena por falsificación y estafa un ex comandante, y por robo un ex alférez. Hicieron el juego de indultarlos, rehabilitarlos, con la condición de que, fingiéndose republicanos, se mezclaran en las conspiraciones con los militares, ya que de nuevo podían vestir el uniforme. Lo consiguieron fácilmente, porque nos eran desconocidos, y de sus hazañas nos enteramos más tarde. Yo descubrí su traición. Una noche, varios conjurados celebramos una reunión en la calle de la Farmacia, número 5, principal derecha. A esta reunión acudieron los generales Hidalgo y Velarde, el cura Lahoz, un representante del marqués de Montemar, otros militares y paisanos y yo, en representación de mi general. Cuando nos hallábamos discutiendo los propósitos del general Velarde, que no eran otros que, correspondiéndole al batallón de Arapiles prestar



«Nos reuníamos para conspirar—refiere Gandarías—, o bien en un bodegón de la calle de Cuchilleros, cuya puerta se abre en el mismo muro donde se hallan las escalerillas de piedra que dan acceso a la plaza Mayor...»

¡Sol... Salud... Belleza!

Proteja su piel untándola bien antes de tomar los baños de sol con

CREMA NIVEA o ACEITE NIVEA

Los dos favorecen el bronceado y amortiguan el riesgo de las dolorosas quemaduras de sol. Será Vd. envidiada por su semblante sano y bronceado. Pero no tome jamás los baños de sol con el cuerpo húmedo sin haberse antes untado bien.

La Crema Nivea en días calurosos produce efectos refrescantes. El Aceite Nivea en días fríos evita enfriamientos.

CREMA NIVEA: en cajas metálicas Pts. 1.-, 2.-, 4.- en tubos de estaño Pts. 3.- en tarros de vidrio 5.-, 10.-

ACEITE NIVEA: en frascos de vidrio 4.- y 7.50

Laboratorio Reder, Madrid Apartado 337



La Crema Nivea y el Aceite Nivea son insustituibles e inimitables y solo ellos contienen "Eucerita", producto similar á la grasa de la piel.



Don Manuel Ruiz Zorrilla

en Palacio el servicio de guardia el día 1.º de mayo, la guardia asaltaría por la noche las habitaciones reales, para apoderarse de los reyes, y matarlos, en caso de resistencia; cuando discutíamos esto, repito, vi que los visillos de la puerta de una alcoba se movían y unos ojos nos atisbaban. Hubiera creído de momento que pudiera ser una curiosidad femenina, puesto que el inquilino del cuarto tenía mujer y tres hijas; pero me di cuenta que los dedos que habían alzado el visillo eran de hombre. Fingí que no estaba conforme con los planes del general Velarde y salí a la calle. Me puse en acecho y vi salir a los compañeros de conspiración. Quince minutos después salía el comandante espía; mis sospechas quedaron confirmadas. Di cuenta a mi general y a los demás, pero éstos no me dieron crédito, seguros como estaban de la fidelidad del dueño de la habitación, amigo íntimo del general Velarde. Decidieron llevar a la práctica el proyecto planeado del asalto a Palacio. En realidad, lo que existía eran unos celos grandes de Velarde contra Villacampa. Mi general quiso disuadir a Velarde, pero inútilmente. Este, que vivía en la calle del Duque de Liria, citó en su casa a los representantes de los batallones comprometidos; a los generales Hidalgo y Ferrer y a varios paisanos. Cuando apenas llevaban cinco minutos reunidos, fueron sorprendidos por fuerzas de la Guardia Civil, Orden Público y Policía, a las que ofrecieron resistencia, provocando una sangrienta colisión. Como el delito era gravísimo para los que pertenecían a los batallones, mi general decidió salvar sus vidas, y, de acuerdo conmigo, al detenernos luego, reclamamos para nosotros toda la responsabilidad como jefes de la conspiración. —¿Y qué sucedió?

—Ingresamos en Prisiones Militares los generales Villacampa, Hidalgo, Velarde y Ferrer. Cinco oficiales y yo. Veintisiete sargentos y los paisanos Vicente Morán y el cura Lahoz. Un Consejo de Guerra condenó a prisión en distintos castillos a los generales. A mí y a veintisiete oficiales más se nos separó del servicio, y a los paisanos se les impuso una pena correccional. Así fracasó el movimiento proyectado para el 1.º de mayo de 1884. Pero continuamos conspirando. En tanto mi general cumplía la pena, nos lanzamos a provincias. En Valencia se preparó un movimiento para diciembre del 84, que fracasó por no responder muchos de los militares comprometidos. En abril del 85 se preparó otro alzamiento en Barcelona, fracasado también por las mismas causas. En la última quincena de septiembre marchamos a Zaragoza, y cuando estábamos en el castillo de la Alfajería preparando el movimiento, un jefe de Capitanía General nos envió un emisario para que sin pérdida de momento nos pusiéramos en salvo, ya que uno de los oficiales comprometidos

nos había traicionado. Regresamos a Madrid. El general Villacampa estaba ya en libertad y acababa de recibir instrucciones de don Manuel Ruiz Zorrilla para dar un golpe decisivo el día 5 de agosto de 1886.

PARA EL 5 DE AGOSTO...

—¿Una vez en Madrid?

—Me oculté durante unos meses—porque me reclamaba el capitán general de Aragón—en casa de don Dionisio Trompeta, el gran republicano, que tenía un establecimiento de sastrería en la calle Atocha, número 3, para no comprometerle con una estancia prolongada me trasladé a la farmacia de la calle de Leganitos, donde acudían el general Arolas, don Nicolás Salmerón, el cura Lahoz y otros muchos republicanos. De acuerdo con mi general, y ambos disfrazados, nos entrevistamos unas veces aquí, en Platerías; otras, en Pombo, o bien en un bodegón de la calle de Cuchilleros, cuya puerta se abre en el muro mismo donde se hallan las escalerillas de piedra que dan acceso a la plaza Mayor. Trazábamos nuestros planes, buscando el momento propicio para el golpe decisivo, siguiendo las instrucciones de Ruiz Zorrilla, que había señalado el día 5 de agosto para el alzamiento de acuerdo con la Junta Nacional Revolucionaria.

hecho—palabras textuales—otro compañero mío, el alférez X.", que estaba ascendido y camino del archipiélago magallánico.

Hágase cuenta la impresión que me produciría su presencia, cuando no había vuelto a verle después de la escena que acabo de referirle. No perdí la serenidad. Fingí una situación económica desesperada para justificar mi presencia a aquellas horas en su casa, y solicité que me hiciera un préstamo de cincuenta pesetas. Don Dionisio puso en mi mano las cincuenta pesetas, y cuando me despedí le dije estas palabras, mirando fijamente a Moret:

"A esto nos vemos obligados los hombres honrados y leales, mientras medran y triunfan con altos cargos y honores los perjuros y traidores."

Salí a la calle, y en la plaza de Santa Cruz encontré al general Arolas, que era el primero que llegaba. Le puse en antecedentes; nos ocultamos, y, a medida que iban llegando los conjurados, les poníamos sobre aviso. Cuando llegó mi general quiso penetrar en casa del señor Trompeta y agredir a Moret. Le disuadimos.

JOSÉ L. BARBERAN

(En el número próximo publicaremos la segunda información de este reportaje, titulada: ¡VILLACAMPA SE HA SUBLEVADO!)



Otro de los lugares de conspiración del Madrid de Villacampa: la botillería de Pombo.

Una noche del mes de febrero del 86 se dieron órdenes privadas para que los elementos dirigentes de la Junta, civiles y militares, se reunieran secretamente en casa de don Dionisio Trompeta, que acababa de recibir un pliego reservado de don Manuel Ruiz Zorrilla. A las nueve de esta misma noche me entrevisté con mi general, que iba disfrazado de albañil, en la calle de Quiñones, en la que frecuentaba una casa, nadie sabía con qué motivo, y que me descubrió a mí la noche que estaba en capilla... Me recomendó que me personara en casa de Trompeta una hora antes de la fijada para la entrevista, a fin de explorar las proximidades y de preparar la huida, en caso de una sorpresa policíaca. Así lo hice. ¡Pero qué disgusto sufrí!

FRENTE A MORET

—¿Pues?

—En el despacho se hallaba don Segismundo Moret, antiguo amigo del señor Trompeta. Le odiábamos los republicanos por su deslealtad a Ruiz Zorrilla, y yo particularmente, porque me propuso que traicionara a la República cuando fui detenido por el proyectado alzamiento de 1884 y antes de dictarse la real orden que me separó del servicio. Conducido a su presencia y solos los dos en el despacho del Ministerio de la Gobernación, tuvo la osadía de ofrecerme el empleo de capitán y el destino a Filipinas, más treinta mil pesetas "para gastos de viaje", si como ayudante y secretario de Villacampa le "descubría" los planes del general, los comprometidos y los medios de la conspiración abortada en Badajoz, "como había



El brigadier de Artillería, don Clemente de Velarde, que concibió el proyecto de asaltar en la noche del 1 de mayo de 1884 las habitaciones reales, para apoderarse de los reyes.